

PRESENTACIÓN

MÓNICA GALLEGOS RAMÍREZ*

Ética de la vida

Resulta doloroso pero necesario, entender las características dominantes del mundo que hasta ahora hemos construido y, a partir de su comprensión, asumir la urgencia con la que debemos dejar de reproducirlo, ¡ya, desde hoy!

Dar cuenta de los elementos que lo constituyen llevaría a elaborar enormes listas de desastres, de cosas terribles con las que, en apariencia, sería muy difícil convivir cotidianamente, y que mucho menos podríamos soportar. Sin embargo, parece que las hemos normalizado con resignación, asumiendo que nada se puede cambiar. Hemos aceptado —y reproducido cuando es necesario—, la violencia en todas sus expresiones, aunque de manera mucho más frecuente en los últimos tiempos: aquella que asesina, que aniquila, que desaparece, que extermina la vida.

-
- Doctora en Economía Pública por la Universidad de Barcelona. Profesora-Investigadora en el Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, CUCSH, Universidad de Guadalajara. Su línea de investigación es “Horizontes epistémico-metodológicos de la Investigación Social Latinoamericana” y es responsable del proyecto “Crítica epistemológica del desarrollo en América Latina”. Contacto: monikg4@gmail.com

La violencia que acaba con la vida se expresa de múltiples formas, no se trata solo de la que se ejerce sobre los cuerpos a través de estructuras estatales, como los controles policiales, militares, paramilitares, judiciales, burocráticos, etc., o la de individuos y grupos criminales; ni de la que se ejerce sobre los cuerpos de las mujeres, niñas, ancianas y también, sobre los cuerpos de muchos hombres; o de la violencia aplicada contra defensores y defensoras de la vida —propia y de la tierra—; la cual, por cierto, se ha extendido, se ha generalizado, se ha sofisticado y se ha hecho más explícita, más cruel, más terrible, al grado de convertirse en una pedagogía del horror —siguiendo a Segato (2014), quien habla de la pedagogía de la crueldad para referirse a la violencia expresiva que se ejerce sobre los cuerpos de las mujeres—. Hablamos de la violencia que reduce a su mínima expresión nuestras subjetividades a través de procesos económicos que trafican con la vida y su capacidad de trabajo (esclavitud y trata laboral). Procesos que excluyen a un cada vez mayor número de personas de las posibilidades de tener un ingreso, y que se vinculan con el empleo precario, el subempleo, el autoempleo (también precarizado), y no digamos el desempleo. Todo como consecuencia de la crisis del capitalismo, iniciada hace varias décadas, que exigió ajustes tecnológicos que provocaron la concentración de la ganancia en muy pocos sectores (entre otros los más tecnologizados), y rompieron con el esquema del empleo formal, el cual, aunque explotador, garantizaba ingresos, prestaciones de la seguridad social, pensiones, etc. Así se fue prescindiendo cada vez más del trabajo, y la dinámica de la acumulación se desplazó hacia sectores vinculados con las actividades criminales y con la guerra total contra la gente y contra la madre tierra —como el del capital financiero—, aunque sin abandonar del todo los llamados sectores “tradicionales”.

De acuerdo con esta lógica, hemos llegado al punto en que miles de seres humanos sobramos. No solo porque el capital ya no proporciona suficiente empleo explotado, ni ingreso, ni posibilidades de consumo para miles de millones de personas, sino porque toda esa gente puede vivir incluso mejor sin el trabajo, puede vivir sin el capital. Pero esa misma gente tiene que vivir en el territorio, aprovechando, compartiendo y cuidando los bienes comunes que le permiten preservar la vida, y en este

contexto extractivista-neoliberal el territorio se ha convertido en uno de los botines más apetitosos que el capital pretende seguir sobreexplotando.

Otra expresión de la violencia que nos reduce y aniquila tiene que ver con la forma en la que ponemos nuestra atención y nuestra fuerza en el consumo y la ampliación de sus posibilidades, convencidos y convencidas de que nuestra capacidad de realización se despliega a través de nuestra manera de gastar, de estar al día con las novedades que ofrece el mercado, de ampliar nuestros horizontes de vida a través de la incorporación de productos; del convencimiento a que llegamos de encontrar “la paz”, “el bienestar” y “la tranquilidad” cuando vemos satisfecho, una y otra vez, el “sueño” de comprar para tener, para poseer, para “realizarnos”. La ilusión de la “igualdad” a través de la estandarización y la homogeneización de los consumos y de las formas de ser, estar, sentir, pensar, animados por la cultura de la competencia, que se traduce, también, en tener la capacidad de consumir más, y nuestras subjetividades y posibilidades de vida digna y buena se reducen en función de que nuestros esfuerzos-tiempos están encaminados en tal dirección.

Hay un componente profundamente político en esta lógica y ética de muerte y autodestrucción, pues de lo que se trata es de que los menos —enriquecidos y avariciosos, y que siguen obscena e indecentemente deseando más, más y más— amplíen su capacidad de concentrar la riqueza a costa de la mayoría, “organizada” en la barbarie para ser objetos sumisos y dóciles de la explotación más descarada y cínica. Y a pesar de que esta finalidad se cumple, no sucede sin dificultades, y mucho menos en forma total o absoluta. Por el contrario, siempre están expresándose por todos lados las oposiciones más diversas y coloridas de personas, grupos, familias, organizaciones, barrios, comunidades, pueblos, etc., quienes resisten, luchan, se rebelan frente a esta lógica de muerte, anulación y exterminio. Brotan por dondequiera las más variadas formas de expandir la subjetividad y la vida, como única alternativa viable y posible de enfrentar la muerte impuesta de nuestras corporeidades individuales, sociales y ambientales, y de nuestras subjetividades.

La violencia se expresa, pues, en muchos terrenos y dinámicas sociales que también dan cuenta de un proceso de imposición frente al cual no

siempre oponemos resistencia. Sin embargo, son muchos los ejemplos de organización que se despliegan y que miramos hoy con esperanza cierta, pues se basan en una crítica incontestable a las lógicas instrumentales y utilitaristas que nos dominan (y en sus crisis), y que han reducido a otras personas y a la tierra a ser simples cosas, mercancías a ser utilizadas, explotadas, desechadas, o a ser eliminadas sin ser usadas (Leff, 2006).

Además del componente político, está presente un ángulo epistémico como forma de razonamiento que cuestiona al conocimiento objetivo y “verdaderamente científico”, alejado de emociones, sentimientos, preferencias de cualquier tipo, ese que desarrolla tecnologías para dominar, controlar, someter a la naturaleza, desde una perspectiva antropocéntrica. De allí la importancia fundamental de una ética de la vida que se despliega como un ángulo de lectura de la realidad en la medida en la que el sentido del conocer —que se define a partir de dar respuesta a la pregunta ¿para qué? (dimensión ética o valórica presente en todo ejercicio de conocimiento)—, está dado por una posibilidad de apertura hacia la vida frente, contra y más allá de la muerte, en tanto que la búsqueda de ese conocer se oriente por y hacia un horizonte que cree lo nuevo, lo plural, lo que deje de repetir, lo otro, lo que vaya más allá de lo existente y lo rompa, lo transgrede, y no reproduzca la realidad social hegemónica que está dominada por lógicas de muerte impuestas a la vida humana (sujetos sociales: individuos, familias, grupos, barrios, comunidades, organizaciones, etcétera), y no humana (la madre tierra-naturaleza); es decir, que se opone y cuestiona todo lo que la destruye: el capitalismo, que desprecia la vida en su conjunto.

Bibliografía

- Leff, Enrique (2006). “Ética por la vida. Elogio de la voluntad de poder”. *Polis, Revista latinoamericana*, núm. 13.
- Segato, Rita Laura (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla, México: Pez en el árbol.